

y se pusieron 30,000 hombres de milicia sobre las armas para aprender el ejercicio y poder servir despues en las filas del ejército activo. Nada menos que ocho grandes ejércitos mandados por generales como Villars, Vandoma y Berwick, combatian por su rey en Bélgica, en las cuencas del Mosela y del Rhin, en la Lombardia, en el Piamonte, en el Rosellon, en Cataluña y en la frontera portuguesa; y en todas partes fueron, como siempre, los primeros en la lid. ¡Qué contraste entre la actividad, decision y fuerza de vida de la nacion francesa exhausta y derrotada, y la torpe y pesada alianza! ¿Qué habria sido de ésta sin Marlborough, el alma de toda la coalicion, que durante una mitad del año tenia que emplear todo su talento para impedir que los ejércitos aliados fuesen derrotados, y durante la otra mitad debía ocuparse en aguijonear á los diferentes gobiernos para que facilitaran los recursos materiales mas indispensables, y para impedir la disgregacion de la misma alianza?

A fines de abril de 1706 marchó Villars con 50,000 hombres al encuentro de Luis de Baden, que no tenia mas que 7,000 soldados medianos á su disposicion. Los 16,000 soldados del emperador que debian formar el núcleo de su ejército estaban lejos, en Hungría, y los diversos contingentes alemanes en sus respectivos países, á donde solian retirarse por economía y mayor baratura de sus víveres durante la estacion fria. Hasta el mes de agosto no solian estar reunidos; en este mes y en el de setiembre presentaba el ejército federal aleman, por lo menos en cuanto á número, un aspecto asaz respetable, pero en cambio figuraba los diez meses restantes del año solo en el papel. Así sucedió que Luis de Baden tuvo que desocupar, sin intentar siquiera la menor resistencia, el Hagenau, la Alsacia Baja y sus almacenes, y retirarse otra vez detrás de su línea fortificada de Buehl; ni pudo impedir tampoco que Villars volviera á invadir el Palatinado y repitiera allí los horrores de los años 1689 y 1693. Por fortuna de esta parte de Alemania, Villars se desprendió de una parte tan notable de sus fuerzas, á consecuencia de los sucesos que ocurrieron en Bélgica para acudir á esta, que quedó el ejército demasiado debilitado para emprender nada serio.

Marlborough hubiera querido volver al mismo plan que no habia podido realizar el año anterior á causa de la torpeza del feldmariscal Luis de Baden y de la triste organizacion de su ejército compuesto de contingentes federales; pero esta vez se opusieron los holandeses á que fuesen sus tropas á dar ningun auxilio á la Alemania, á pesar de ser este plan, de penetrar desde el Mosela hasta el corazón de la Francia, el único racional y conveniente. En tal estado fué grande su satisfaccion cuando vió que Villeroy salió con su ejército de detrás de sus trincheras inexpugnables, para tomar tambien la ofensiva, como ya la habian tomado sus colegas en la cuenca del Alto Rhin, en Cataluña y en el Piamonte. Corrió Marlborough á luchar con él y escarmentarlo, pero Villeroy, reconociendo tácitamente la superior pericia de su contrario, volvió al momento á tomar la defensiva. Es un rasgo característico de toda la guerra de sucesion, como lo es igualmente de la guerra franco-alemana de 1870, que los generales franceses se limitaron en ambas, por lo general, á batallas defensivas, renunciando con esto, desde luego, á la ventaja notable que les hubieran dado el ímpetu guerrero que acompaña y aumenta el empuje del ataque, y el entusiasmo que inflama la imaginacion del soldado francés en la batalla ofensiva. En ambas guerras esta circunstancia denota que los jefes franceses estaban persuadidos de su inferioridad intelectual respecto de los generales del enemigo, porque de otra manera no le habrian dejado la iniciativa en el ataque. Villeroy particularmente mostró una solicitud extraordinaria

en fortificarse todo lo posible. Su ala izquierda estaba resguardada y era realmente inatacable detrás del terreno pantanoso del pequeño Gheete, bien que por la misma razon se hallaba privada de todo movimiento ofensivo. Delante del centro estaba la dilatada aldea de Ramillies con sus sólidas casas de cal y canto, bien defendida por numerosas fuerzas de infantería y de artillería; pero si constituia un gran estorbo para el enemigo, tambien lo era para los franceses en el caso de que les hubiese convenido tomar la ofensiva. Unicamente podia moverse el ala derecha que coronaba una larga colina, y contra ella y en toda su extension dirigió Marlborough su ataque principal en 23 de mayo de 1706. En esta parte habia situado Villeroy los escuadrones de la guardia francesa y bávara, y los dragones franceses. Marlborough vió al momento que solo contra estos era posible dirigir el ataque con esperanza de éxito, y que si bien podia atacarse simultáneamente el ala izquierda inmóvil del enemigo, no debia pasar el ataque de un mero simulacro. Dispuesto el plan, hizo ocupar por su infantería inglesa y alemana todas las aldeas y casas que se hallaban entre él y el ala derecha de los franceses, y cuando se hubo ejecutado esta operacion, arrojó de una vez cien escuadrones contra la caballería francesa. Esta, conmovida ya por el tiroteo de la infantería y artillería, cedió al empuje, se descompuso y arrastró en su retirada al centro. El ala izquierda que estaba intacta recibió orden de cubrir la retirada, á fin de que se hiciera en buenas condiciones, pero la entorpecieron los desfiladeros angostos, y como por otra parte Marlborough continuó esta vez la persecucion toda la noche y todo el día siguiente sin dar descanso al enemigo, le acabó de desorganizar totalmente. Las pérdidas inmediatas de los franceses fueron 15,000 hombres y toda su artillería, menos seis piezas, no llegando á 4,000 las bajas de los aliados. La consecuencia de esta victoria brillante fué la conquista de casi todos los Países Bajos españoles, es decir, Bélgica y la Flandes; porque esta sola batalla aturdió tan completamente al ejército francés y á sus generales, que no pensaron en defender ningun punto estratégico como vados, esclusas, etc. Todo el Brabante y la mitad de Flandes con las ciudades de Loeven, Bruselas, Gante y Brujas cayeron en manos de los aliados, mientras los 40,000 franceses de Villeroy corrian como un inmenso rebaño de carneros delante de los soldados enviados por Marlborough en su persecucion, sin siquiera hacer una leve ó momentánea tentativa de volverse atrás y sostenerse contra sus perseguidores. No tenian mas pensamiento que el de llegar cuanto antes á la frontera y ocultarse detrás de las fortalezas franco-belgas. Los habitantes del país, en especial los de raza germánica, los flamencos, sufrían el yugo francés solo á la fuerza, y al verse libres de él no cabian en sí de contentos; fortalezas importantes como Oudenarde, y plazas fuertes y de comercio tan populosas como Amberes, abrieron sin ninguna resistencia sus puertas á los vencedores de Ramillies; de modo que á excepcion de algunas de las fortalezas mas importantes, se conquistaron para el pretendiente Carlos III todas las posesiones españolas en aquella parte de Europa. Era el segundo país que en esta guerra perdía el elector de Baviera Maximiliano Manuel.

Por la importancia de sus resultados aunque no bajo el punto de vista del arte militar, iguala la victoria de Ramillies á la de Höchstädt.

Luis XIV quedó muy abatido con este golpe y le costó trabajo conservar su serenidad; padecia de un modo indecible; su ánimo tan duro estaba herido en el único punto vulnerable que tenia, en el derrumbamiento de la obra de toda su vida. Insensible á las desgracias ajenas, experimentaba á la sazón las propias, y no se trataba esta vez de una desgracia

pasajera y remediable, sino que se veia patente y claramente que los ejércitos y generales franceses ya no estaban á la altura de los aliados, y todavia podia decirse mucho menos que fueran superiores á estos. *¡Los franceses habian cesado de ser la primera nacion del mundo!*

Nada mejor supieron hacer el rey y su pobre ministro de la guerra Chamillart que repartir por vía de guarnicion los batallones desorganizados de Villeroy entre las fortalezas francesas del Norte, y llamar á toda prisa á Vandoma, á quien consideraban el general mas capaz de la milicia francesa, á fin de que organizara sin demora un ejército nuevo.

Entretanto Marlborough fué tomando las plazas de Ostende, Courtray, Menin, Dendermonde y Ath, y llegado que hubo Vandoma ni siquiera intentó socorrer ninguna plaza, bien que estaba reforzado con el ejército del Mosela y la mayor parte del de Villars. Solo se ocupó en restablecer el espíritu militar y tener todos los preparativos bien hechos, porque con mucho acierto y discrecion conoció que en la situacion en que se hallaba su país, mas necesidad tenia de batallones valientes y bien instruidos que de esta ó aquella fortaleza belga.

La fuerza defensiva de un país, y mas cuando se halla en situacion crítica, está en los pechos de sus habitantes y no en murallas y piedras inertes.

El emperador agradecido nombró á Marlborough lugarteniente de los Habsburgos en Bélgica, pero este empleo no llegó á ser efectivo porque se opusieron los Estados Generales de Holanda que no querian oír hablar del establecimiento de un soberano en Bélgica antes que estuviesen arregladas sus pretensiones mercantiles y de la *barrera belga*, ni tampoco de un aumento de autoridad y poder del general en jefe inglés. Marlborough se vengó influyendo en el gobierno inglés para que diera largas á las pretensiones holandesas, porque decia con sobrada razon que este era el único medio de evitar que la república de Holanda hiciera la paz separadamente sin contar con los otros aliados, como habia hecho en 1678.

Durante estos sucesos el rey Felipe V perdió tambien y para siempre otras provincias importantes de la monarquía española, viéndose cada día mas claro que con la entronizacion de un rey Borbon la gloriosa monarquía de Felipe II no se libraba del desmembramiento, como habian esperado los patriotas españoles (1).

En la primavera del año 1706 iban muy mal en Italia las cosas de la grande alianza. Con Niza cayó en manos de los franceses la última ciudad piamontesa que á excepcion de Turin les quedaba por tomar, y con ella el único puerto de Italia abierto para las escuadras de los aliados. Starhemberg no estaba ya con el duque Victor Amadeo; este con su reducida fuerza ocupaba un campamento en las cercanías de Turin, y defendia esta ciudad el bizarro general imperial Daun contra La Feuillade que desde el principio de la primavera le habia puesto cerco. Vandoma, que se hallaba á la cabeza de su ejército en la Lombardia, aprovechó la ausencia del príncipe Eugenio en abril del mismo año para atacar y derrotar cerca de Calcinato al general Reventlow que mandaba en ausencia de Eugenio y obligarle á internarse otra vez con su ejército en las montañas del Tirol meridional. Con este golpe era cuestion de poco tiempo la irremisible rendicion de Turin y la ruina definitiva de la causa de los aliados en Italia.

Con extraordinaria lentitud iban llegando al campamento de Eugenio las tropas auxiliares prusianas y del Palatinado contratadas por las potencias marítimas y destinadas al em-

(1) Es verdad; pero menos se habria librado con la entronizacion de un archiduque. (N. del T.)

perador. Reunidas que fueron supo Eugenio engañar otra vez la vigilancia de los franceses, salir del Tirol y pasar el Adige gracias á la connivencia de las autoridades venecianas, irritadas contra los franceses por sus exacciones.

Antes que Vandoma hubiese vuelto de su asombro, el príncipe habia pasado tambien el Pó. Por la parte meridional de este rio, donde no eran tantos ni tan caudalosos los afluentes, pensaba Eugenio realizar la marcha sobre Turin que no habia podido verificar el año anterior por el Norte y al través de la Lombardia. No fué poca fortuna para él que precisamente en aquellos momentos Vandoma fuese llamado por el gobierno francés para encargarle del ejército de los Países Bajos. En lugar de Vandoma, envió Luis XIV á su sobrino, el duque Felipe de Orleans, hombre de grandes dotes, instruídísimo, ambicioso y valiente, pero inconstante, relajado, sin orden ni método, y lo que era peor, completamente ignorante en el arte militar. Mientras Felipe de Orleans se dirigia hácia el Este para reunirse con su ejército, se adelantó Eugenio en direccion opuesta, tanto, que Orleans apenas tuvo tiempo de poner guarniciones en las fortalezas modenenses y piamontesas, y encargar á La Feuillade que ocupara el desfiladero de Stradella por donde habia de pasar Eugenio para ir al Piamonte. Eugenio caminaba por un país sembrado de guarniciones enemigas, cruzado de rios y arroyos, separado y aislado, sin comunicacion con su base de operaciones, sin puntos de apoyo, almacenes ni hospitales, con un ejército enemigo en frente y otro á sus espaldas, fatigados sus soldados, hijos del Norte, por los rayos ardientes del sol de Italia, pero siempre atrevido, circunspecto é incansable. Al llegar al desfiladero de Stradella, en la carretera que conduce de Parma al Piamonte atravesando el Pó, tuvo la fortuna de encontrar este punto importante perfectamente libre. Con esto se logró ya la primera parte de su plan, porque en 1.º de setiembre de 1706 se reunió al Sur de Turin con su pariente el duque Victor Amadeo.

Faltaba la segunda parte que no era la menos difícil; hacer levantar al enemigo el sitio de Turin. Para impedirlo reuniéronse Orleans y su asesor militar Marsin con La Feuillade, que á consecuencia de la hábil y enérgica defensa de Daun no habia adelantado todavía un paso en el sitio. El duque de Orleans queria marchar atrevidamente con las fuerzas reunidas al encuentro del enemigo; pero Marsin y La Feuillade creyeron mas seguro, y en apariencia lo era, aguardar el ataque en su campamento, tan fortificado que en realidad era una verdadera fortaleza. Adoptaron este último partido, y no se hicieron aguardar el duque y el príncipe de Saboya. En la madrugada del 7 de setiembre el ejército aliado, compuesto de contingentes de Prusia, del Palatinado, de Sajonia, del Austria y algunos regimientos italianos de caballería, atacó el campamento francés, cuyas defensas se extendian mirando al Sur entre el Stura y el Dora, tributarios del Po. El fuego mortífero de los franceses detuvo por muchas horas las tropas aliadas al pié de las obras defensivas; pero al cabo Eugenio á la cabeza de sus mejores soldados, los prusianos, penetró en las fortificaciones que se apoyaban en el rio Stura. En la pelea fué herido mortalmente el mariscal Marsin, y gravemente el duque de Orleans. Aprovechando la confusion que este accidente produjo, el centro y el ala derecha de los aliados penetraron tambien en el campamento. Los franceses, privados de sus jefes, se arremolinaron y el pánico se apoderó de ellos, buscando todos su salvacion en una retirada precipitada hácia la orilla septentrional del Po. Siguióles en ella La Feuillade que con su division intacta habia permanecido mero espectador de la batalla, procurando solo contener la guarnicion de Turin para que no hiciera una salida.



En absoluto no merece la batalla de Turin la exagerada fama que se le ha querido dar, porque los franceses combatieron mal, y muerto Marsin, y herido Orleans, nadie los dirigió. Sus bajas entre muertos y heridos fueron relativamente insignificantes é iguales en número en ambos campos, es decir, 3,000; y finalmente si La Feuillade hubiese tomado parte en la pelea en el momento oportuno con sus fuerzas considerables é intactas, le habría sido fácil restablecer el equilibrio. No lo hizo; y en su retirada atropellada perdieron los franceses otros 6,000 hombres que cayeron prisioneros, y además el fruto de medio año de trabajo, es decir, las obras de ataque que habían levantado al rededor de Turin. La Feuillade podía haberse retirado detrás del Po, donde rodeado de fortalezas que estaban en poder de los franceses, y al frente de un ejército muy superior todavía al del enemigo, hubiera permanecido en seguridad completa. Entretenido el ejército victorioso de Eugenio en el sitio y reconquista de las plazas piemontesas, La Feuillade con el suyo podría haberse dirigido al Milanésado, donde había 20,000 soldados franceses y españoles que unidos á los suyos formaban un total mas que suficiente para defender y conservar con Milan la Italia central y meridional. Estas fueron efectivamente las órdenes que dió el duque de Orleans cuando mal herido le retiraron del campo de batalla; pero La Feuillade y sus generales espantados no pensaban mas que en correr para guarecerse á toda prisa detrás de la frontera francesa, que tan seductora parecía invitarlos desde las cercanas cumbres de los Alpes. Desobedecióse pues la órden del duque de Orleans, aprovechando su impotencia, postrado como estaba en el lecho del dolor; y esta desobediencia dió á la batalla de Turin la importancia de que goza, y la hizo tan fatal para la política francesa, derrumbando en un instante el dominio casi absoluto de los Borbones en Italia.

Cuando el ejército francés llegó desanimado y desordenado á su país, no encontró ningun preparativo para recibirlo, lo que aumentó considerablemente su estado aflictivo, y fué menester reorganizarlo de nuevo, mientras que en el Piemonte se rindió una fortaleza tras otra al vencedor despues de haber costado su conquista tres años de sacrificios y afanes. Tan grande era el terror que había causado en las guarniciones francesas la terrible derrota de su hermoso y potente ejército. Sin perder tiempo marchó Eugenio con sus fuerzas á conquistar el ducado de Milan, cosa tan fácil, á causa del odio que la poblacion tenia al dominio de los españoles, que toda la empresa se redujo á un simple paseo militar. Allí hizo Eugenio sin trabajo alguno muchos miles de prisioneros. El príncipe de Vaudemont con el resto de la tropa á sus órdenes habría podido retirarse al Mediodía de Italia y salvar así por lo menos á Nápoles para los Borbones, porque á la primavera siguiente, Orleans con un nuevo ejército no habría tenido dificultad en entretener al príncipe Eugenio en la Italia septentrional. No se hizo así: Luis XIV estaba profundamente descorazonado despues de las grandes derrotas de Höchstädt y Ramillies y la mas vergonzosa de Turin. Con estos golpes y las malas noticias de España acabó por perder su antigua calma majestuosa. Había consolado á Villeroy del descalabro de Ramillies con las palabras: «A nuestra edad ya no se tiene suerte;» pero cuando se le presentó La Feuillade despues de la huida de Turin le volvió la espalda sin hablar palabra. Ya desesperaba de poder conservar en su familia la monarquía española, pues harto trabajo creía le había de costar salvar á la Francia, que mas que nunca necesitaba batallones aguerridos y generales aptos. Había llegado la hora de economizar las aptitudes y la sangre de sus súbditos; y en su consecuencia encargó al príncipe de Vaudemont que entablara con el

enemigo negociaciones sobre la evacuacion de la Italia septentrional.

Las condiciones que pusieron los aliados fueron duras, consistiendo entre otras en la entrega de Niza al duque de Saboya, y el abandono de los duques de Mantua y de Pico de la Mirándola que como vasallos rebeldes del imperio alemán caian bajo la jurisdiccion del emperador. Empeñóse inútilmente Luis XIV en querer librar á sus aliados de la sentencia severa que les aguardaba; pero los hubo de abandonar á su suerte y dejar que expiaran con su ruina la alianza con el *gran rey*, como los demás príncipes alemanes traidores al imperio la expiaron. No queriendo ni pudiendo ya Luis XIV crear un nuevo ejército para sostener su dominio en la península de los Apeninos, renunció á ella y la abandonó incondicionalmente al emperador. En marzo de 1707 se firmó el convenio general que concedía pura y simplemente la retirada libre á Susa al ejército franco español.

Los baluartes avanzados de la dominacion borbónica habían caído uno tras otro en manos de los aliados: la Bélgica, la Italia, Colonia y la Baviera. La monarquía española quedaba circunscrita á la península ibérica.

Estos fueron los resultados, gloriosos para los aliados, de las campañas de Marlborough y del príncipe Eugenio en los años 1704 y 1706.

Llegó un momento en que hasta parecía que la España propiamente dicha estaba perdida para los Borbones.

Mandaba allí en la frontera occidental el duque de Berwick un cuerpo de apenas 10,000 reclutas españoles. En frente de él estaban Galway y Las Minas con poco mas ó menos doble número de soldados ingleses, holandeses y portugueses, mas que suficientes para acabar con Berwick y sus reclutas, si aquellos dos jefes hubiesen sabido ponerse de acuerdo. No obstante sus contiendas, hicieron retroceder á Berwick paso á paso hasta Madrid en la primavera del año 1706, entusiasmados por las noticias de Barcelona (1). Cayeron en sus manos una tras otra las fortalezas españolas situadas en el camino, y en 27 de junio verificaron los dos jefes su entrada triunfal en Madrid, donde proclamaron á Carlos III. Entonces fué cuando Zaragoza y todo el Aragon se levantaron en favor del pretendiente austriaco. Acudió de su retiro á la capital la reina viuda María Ana para celebrar la victoria de la causa alemana; de Toledo llegó el anciano cardenal, patriarca de las Indias, primado de la monarquía, Portocarrero, tan ultrajado de los Borbones despues de haber hecho tanto por ellos, á fin de cantar el *Te Deum*; pero quien no acudió fué el personaje principal, el nuevo rey Carlos III, á quien con un respetable ejército se esperaba de un día á otro ver llegar por el lado de Zaragoza.

Peterborough le instó vivamente en Barcelona para que fuera á Madrid, pero Carlos, indignado de la importancia que se daba este general y de su ambicion insaciable, y espantado por otra parte de lo que las personas que le rodeaban le referian respecto de los peligros á que se exponía con semejante viaje, resolvió pasar primero á Zaragoza, donde se hizo coronar solemnemente rey de Aragon.

Entre tanto recorrían el país muchas guerrillas formadas de patriotas que no queriendo aceptar un monarca impuesto por los portugueses y aragoneses, se entusiasmaron por el rey que les había impuesto Luis XIV, y que ahora les parecía su rey nacional, pudiendo decirse que jamás fué Felipe V tan popular como entonces cuando andaba fugitivo por las llanuras de Castilla la Vieja. «¡Mueran los extranje-

(1) Acusábase en España á Berwick de proceder de mala fe, y dejar destruir el país. Por lo menos hubo ineptitud de su parte.

(N. del T.)

ros, mueran los austriacos traidores!» era el santo y seña de la poblacion, y miles de entusiastas defensores se reunieron al rededor de Felipe en Burgos, donde muy pronto formaron un verdadero ejército, mientras Berwick reunía otro al pié de la sierra de Guadarrama con milicias españolas y tropas francesas. En tales circunstancias no se atrevió Carlos á pasar á la capital, ni Galway y Las Minas á irle á buscar á Zaragoza, ni á salir siquiera fuera de Madrid, donde los rodeaba el silencio siniestro del odio. Finalmente, haciéndose su posicion cada día mas difícil, se decidieron ambos á abandonar la capital y abrirse paso hácia Zaragoza, pues que ya se les había cortado la retirada á Portugal. Con inmenso trabajo y pérdidas crueles llegaron á la frontera aragonesa. Detrás de ellos, en 4 de agosto de 1706, levantóse el pueblo de Madrid y degolló la reducida guarnicion portuguesa que había quedado allí. Para los Habsburgos ya no había esperanza en Castilla, y Peterborough abandonó mohino el país donde su naciente fama había quedado tan rápidamente agostada.

La única ventaja que se podía atribuir á esta campaña era que había enseñado el camino de la capital de España y quién sabia si otra vez, aprovechando leccion, no se la tendría mejor suerte?

#### CAPITULO IV

##### HUMILLACION EXTREMA DE LUIS XIV

En la vida de los pueblos, como en la de los individuos, jamás llega la fuerza coligada en circunstancias iguales á la concentrada en una sola persona. Cada uno de los individuos coligados tiene sus propios intereses que con mucha frecuencia discrepan del interés comun cuando no llegan á ser completamente opuestos; en cuyo caso la coalicion, poderosísima un momento antes, se encuentra amenazada de muerte. La desgracia es siempre una causa de disolucion para las coaliciones políticas, pero tambien puede ser motivo de su ruina la victoria y fortuna constante, porque antes de estar maduros los frutos originan envidias y contiendas que las matan en el momento mas favorable.

Una cosa por el estilo le sucedió á la gran liga germánica contra el elemento neo-latino representado por Luis XIV, cuando aquella triunfaba sobre este último en casi toda la línea. Entonces fué cuando estuvo á punto de disolverse.

El factor mas importante para la descomposicion de la coalicion era el deseo de paz que dominaba en la república holandesa, primero en las ciudades grandes que dirigian la opinion con sus respectivas provincias, y luego en las diputaciones ó parlamentos de estas provincias mismas. Esta corriente era principalmente obra de los agentes franceses que socavaban incansablemente en todas partes la opinion del país, valiéndose entre otros como argumento en sus trabajos de zapa, de la manera egoista con que los ingleses explotaban en la península ibérica las ventajas que allí alcanzaban sus armas, con manifiesto perjuicio de los intereses holandeses, explotacion que en Holanda disgustó mucho á todas las clases de la sociedad. Cuando la Francia juzgó bastante preparado el terreno, hizo á fines de verano en 1706 ofrecimientos indirectos de paz, para ver si por este lado podía introducir la cuña demoleadora, como la había introducido para deshacer las dos coaliciones anteriores. Esta vez presentó al pueblo holandés un cebo mal calculado, pero seductor. En cambio de la indemnizacion que el archiduque Carlos pudiera darle por la adquisicion de la mayor parte de los territorios españoles, recibiría grandes ventajas la Holanda, y ¡qué ventajas! Respecto de las políticas se le

cedería toda la Bélgica; y para satisfaccion de sus pretensiones mercantiles se restablecería el tan ventajosísimo tratado de comercio del año 1664. El mal era que el territorio belga estaba ocupado por tropas holandesas é inglesas, y sin el consentimiento y aquiescencia de los ingleses, no había Bélgica, ni tampoco la indispensable barrera belga contra la Francia, sin la cual toda paz habría sido incompleta para la Holanda. En Inglaterra por otra parte prevalecía la influencia de Marlborough, que por razones nacionales, de partido y personales estaba resuelto á continuar la guerra hasta la humillacion definitiva de la Francia y la expulsion de los Borbones del último rincón de tierra española. Con profundo sentimiento hubieron pues de renunciar los muy poderosos señores del Haag el cebo seductor francés.

Otra causa mas peligrosa que esta amenazaba desmembrar la coalicion por el lado del Norte, donde la guerra ardía hacia ya seis años entre las potencias septentrionales y empezaba á la sazón á ejercer su influencia sobre la lucha por la sucesion española.

La cuestion entre el rey de Dinamarca y su primo el duque de Holstein Gottorp fué la chispa que inflamó el cúmulo de combustible amontonado desde largo tiempo.

El duque Federico de Holstein Gottorp, seguro del apoyo de su otro primo y cuñado Carlos XII (1) de Suecia, había buscado todas las ocasiones posibles para zaherir é irritar al rey Federico IV de Dinamarca, hasta que este perdió al fin la paciencia, y seguro por su parte del apoyo de los soberanos de Rusia, Polonia y Sajonia, prescindió de ceremonias y le arrojó fuera de su país. Apenas lo supo Carlos de Suecia, cuando sin consultar á nadie, á excepcion de su favorito el conde de Piper, declaró la guerra á la Dinamarca. Tenía diez y siete años entonces; y si contaba en su juvenil edad con la proteccion especial de la divina Providencia y con su inquebrantable fe, no contaba menos con su propia fuerza. Así fué en vano que los aliados de su país, la Inglaterra, la Holanda y el Austria le instasen á que renunciara á su idea, ofreciéndole en cambio sus buenos oficios para arreglar la cuestion pacífica y satisfactoriamente; en vano le representaron la extension incalculable del peligro en que se precipitaba; que la Rusia estaba haciendo armamentos y que un cuerpo de sajones había invadido ya la Livonia, provincia continental del Báltico perteneciente á la Suecia. Todo fué inútil; el impetuoso muchacho coronado, desembarcó en julio del año 1700 á la cabeza de su ejército en la isla de Seeland y puso sitio á Copenhague, capital de Dinamarca; y como este país se viera amenazado al propio tiempo por Inglaterra y Holanda, que á todo trance querían ver el Norte de Europa en paz, porque necesitaban los contingentes contratados con la misma Dinamarca, la Suecia y la Sajonia en cambio de subsidios para la guerra de sucesion entonces inminente, no pudo resistir el rey Federico IV á tanta presión y tantas amenazas, y firmó en 18 de agosto de 1700 la paz de Travendal, en la cual se obligó á reintegrar al duque de Holstein en sus territorios á título de soberano independiente; á quedar neutral respecto de la Suecia y pagarle una pequeña indemnizacion de guerra.

Fueron moderadísimas estas condiciones; pero se debieron á que otro enemigo reclamaba ya toda la atencion y activi-

(1) Puede consultarse la obra de A. FRIXELL: *Historia de Carlos XII*, traducida en alemán y publicada en Brunswick en 1861. Tiene esta obra el mérito de presentarnos á Carlos XII tal como era en realidad y no como tan románticamente le ha pintado Voltaire. Toda la obra de Fryxell se apoya en el estudio minucioso de documentos fidedignos.—Hay tambien otra historia del mismo rey, escrita por su sucesor el rey Oscar de Suecia. La traduccion alemana hecha por Jonass publicó en Berlin en 1875.